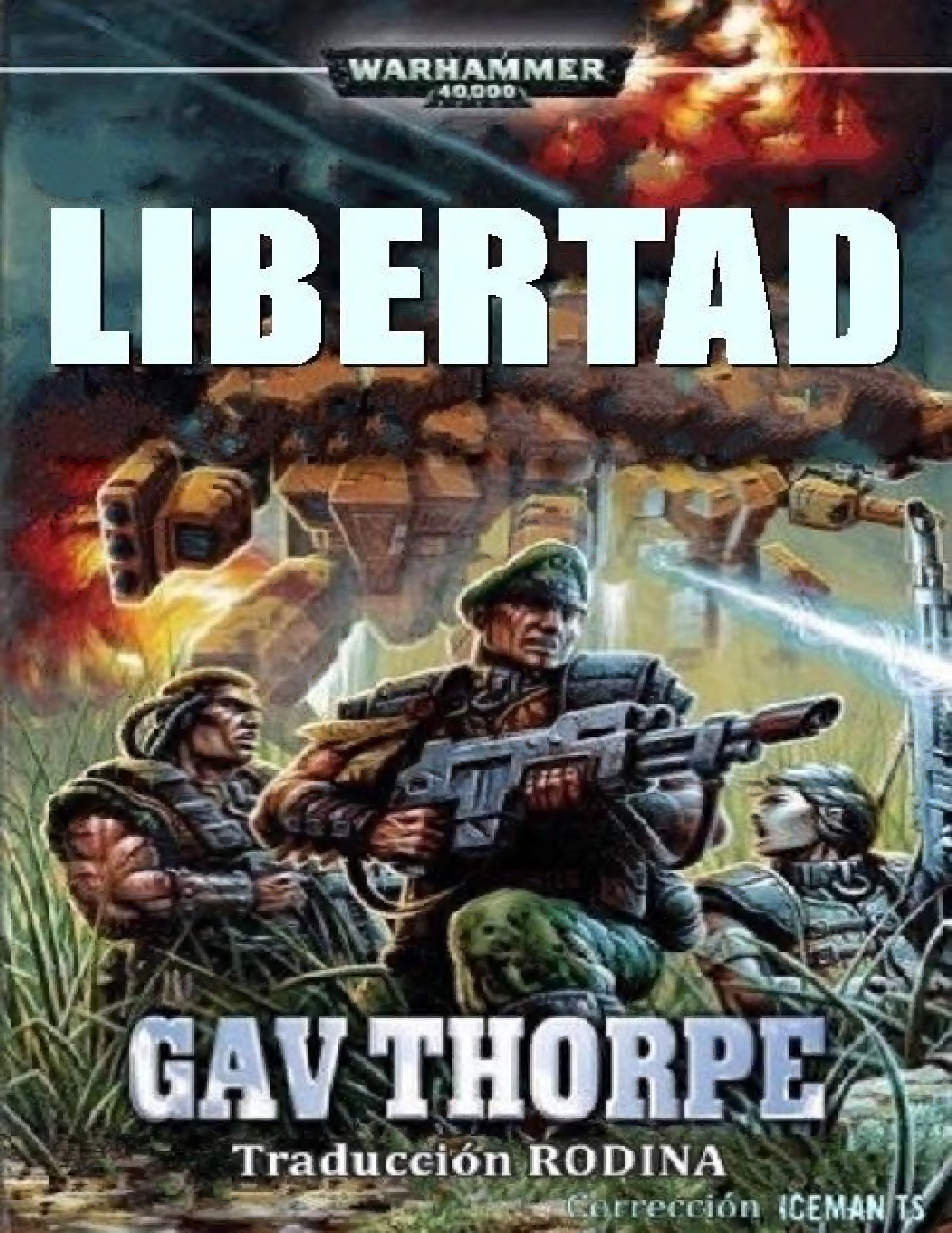

WARHAMMER
40,000
LIBERTAD
GAV THORPE
Traducción RODINA
Corrección ICEMANTS

LIBERTAD
Una historia de Kage

‘Liberty’ por Gav Thorpe

[Enhaced]

Traducción **Rodina**

Corrección Iceman ts 1.0



El guardián de la prisión, Serpival Lance, reprimió un bostezo y se acurrucó un poco más en la garita, protegiéndose del viento y el polvo. La tormenta aullaba permanentemente sobre el techo de la torre, pero no lograba oscurecer las luces rojizas que brillaban en el borde de la pista de aterrizaje, a tan sólo una docena de metros de distancia. El guardia llevaba ya tres horas de servicio y todavía le quedaban otras tres, miraba con envidia la luz que brillaba debajo del puesto de guardia que había a su izquierda. Él estaba allí, envuelto en su chaquetón de invierno, con la capucha apretada contra su rostro, mientras los otros reían y jugaban a las cartas dentro del puesto. Eso no estaba bien, no para un hombre de su edad. Había servido al Emperador en éste planeta-prisión durante treinta años, y todavía tenía que estar aquí por las noches, en éste planeta abandonado por el Emperador.

Sus misantrópicas reflexiones fueron interrumpidas cuando el comunicador interno graznó cerca de él. Presionó la runa del receptor mientras doblaba su dolorida espalda, acercándose así para poder escuchar mejor.

-Ha vuelto. Llegará a tierra en pocos minutos- crujió la voz del capitán de la guardia por el comunicador. Serpival gruñó en señal de reconocimiento y levantó su mirada hacia el cielo cubierto de nubes. No pasó mucho tiempo antes de que el faro de aterrizaje surgiera a la vida, un láser-guía de baja energía perforó la penumbra desde el centro de la pista de aterrizaje. Poco más tarde, unas luces en respuesta pudieron verse brillar en la oscuridad, mientras la lanzadera descendía, el aullido de sus motores era cada vez más claro mientras se acercaba, hasta que ahogó el sonido del viento.

La lanzadera se posó con un crujido metálico de sus patas de aterrizaje sobre la superficie del tejado, sus rugientes motores,

antes de detenerse, levantaron el polvo en remolinos aún más violentos que los producidos por la tormenta. Una pasarela de conexión se extendió, tambaleándose irregularmente, desde el área de atraque y se unió a la escotilla de la lanzadera. La puerta se abrió y golpeó contra el fuselaje de la lanzadera, una figura uniformada salió por ella. Tres guardianes salieron de la torre y se cuadraron junto a la entrada. El oficial de la Guardia Imperial les dijo algo y señaló dentro de la lanzadera. Los guardianes saludaron y entraron a toda prisa, salieron un momento después, llevando entre ellos un pesado bulto.

Curioso. Aunque sabía que era una violación del reglamento, pero a la vez, incapaz de contenerse, Serpival se escabulló del puesto de vigilancia y corrió a través de la azotea, hacia los otros. Arrastraban entre sus brazos a un hombre inconsciente, vestido con un uniforme de combate completo de camuflaje con oscuros tonos azules y negros. Mientras lo introducían en el cuerpo de guardia, la cabeza del hombre se volvió hacia Serpival, y el guardián reprimió un escalofrío al ver su rostro. Estaba terriblemente marcado, atravesado por horribles cicatrices, cortes, quemaduras y las huellas producidas por disparos.

-El gobernador tiene la notificación oficial. Encerradlo con el resto- dijo el oficial, de manera cortante, antes de girarse sobre sus talones y caminar de regreso a la lanzadera.

En ese momento, el nuevo prisionero gimió, y volvió en sí, sacudiendo la cabeza. Los otros guardianes lo dejaron en el suelo, mientras miraban hacia atrás, al oficial que se marchaba. Atontado, el guardia imperial se puso en pie, parpadeando para despejar sus ojos.

-¿Dónde mierda estoy?- preguntó, todavía desorientado.

-En Ghovul Vincularum- le contestó Serpival.

-¿Un planeta-prisión?- pidió el hombre que le confirmara, de repente, sus ojos se centraron en Serpival, cualquier signo de desorientación había desaparecido de ellos, el guardián se revolvió como si le estuvieran apuntando a través de las miras de un fusil láser.

-Sí, una prisión- le repitió el guardián, nervioso por la fija y diabólica mirada del recién llegado.

En ese instante, el preso siguió la mirada de los otros guardianes. El oficial de la Guardia Imperial subía, sólo, por la escotilla de la lanzadera.

-¡Tú, vuelve aquí, bastardo! ¡Schaeffer, tú, pedazo de mierda burbujeante!- gritó el prisionero recién llegado, apartando de un empujón a Serpival y dando un paso hacia la zona de aterrizaje. El oficial se dio la vuelta, lo miró una vez y luego cerró de golpe la escotilla, sin decir una sola palabra. El preso rompió a correr, gritando incoherentemente, los guardias corrieron tras él.

Shrank fue el primero que le atrapó, agarrando el brazo izquierdo del hombre. El prisionero tropezó pero logró recuperar el equilibrio, a continuación, lanzó su brazo derecho clavando los dedos extendidos en la cara de Shrank, quien cayó gritando mientras se cubría con fuerza los ojos. Frentz le lanzó un golpe con su mano derecha, pero lo esquivó fácilmente moviéndose hacia la izquierda, luego le lanzó una contundente patada a la rodilla del guardián de la prisión, la articulación se dobló de forma antinatural y Frentz cayó al suelo entre gritos agónicos.

Los motores de la lanzadera rugieron de nuevo a la vida, cubriendo toda la zona de aterrizaje con un blanco resplandor, la silueta del prisionero se recortó contra él, con su puño amenazador cerrado en alto, y sus gritos de odio ahogados por el ruido.

Serpival y el otro guardián, Jennsen, sacaron sus pesadas pistolas y apuntaron al prisionero, que permanecía allí, con el puño levantado,

mirando cómo se alejaba la lanzadera.

-¡Intenta volver a hacer eso y te pego un tiro, jodido cabrón!- gritó Jennsen.

El prisionero se dio la vuelta, lentamente, con el rostro iluminado por las luces de la pista de aterrizaje, su cara llena de cicatrices cubierta por un infernal resplandor rojizo. Poco a poco, el hombre caminó de nuevo hacia ello, Serpival tuvo que luchar para mantener la calma y agarrar firmemente su pistola mientras el desconocido se acercaba lentamente hacia ellos, con una profunda expresión homicida en su rostro. Se detuvo a un par de metros de distancia.

-Enciérrame en mi jodida celda antes de que te quite esa pistola- gruñó el hombre, señalando con la cabeza el arma que temblaba entre las manos de Jennsen.

-El prisionero se tumbará boca abajo y obedecerá todas las órdenes que se le indiquen- dijo Jennsen, sin demasiada confianza.

-Kage- respondió el prisionero, mirando consecutivamente a cada uno de los guardianes, y luego pasó tranquilamente entre ellos, miró hacia atrás, sobre su hombro, a Serpival. **-Llamadme Kage.**



Estoy de pie, deseando hacer que éste tipo, pesado y aburrido, se calle de una maldita vez. El director de la prisión es un hombre áspero, con cara chupada, agazapado como un malévolo roedor detrás de su enorme escritorio. El mismo escritorio dice mucho sobre él, tres metros de largo por dos de ancho en madera noble, con un águila imperial grabada a fuego sobre su superficie, por lo demás vacía. Se sienta allí, detrás de ella, con los codos apoyados sobre la superficie de color rojo oscuro, la barbilla ligeramente apoyada sobre los nudillos de las manos entrelazadas, mientras habla, habla y habla. Detrás de él hay dos guardianes con escopetas, sé que detrás de mí hay otros dos, armados de manera similar. La verdad es que no se fían de mí, aquí, delante de su comandante.

-Es por eso que debe seguir todas, y digo todas, éstas normas en todo momento- dijo el gobernador Skandlegrist, mirándome detenidamente sobre los cristales de sus gafas en forma de media luna. Va vestido con un traje de color negro y un rojo profundo, curiosamente a juego con el color del escritorio. **-El castigo por las infracciones variará dependiendo de la gravedad de la infracción. He recibido instrucciones especiales del coronel Schaeffer para que le mantenga siempre vigilado, Kage, y así lo haré. Le estaré observado como un halcón, y si sale de la línea, toda la fuerza de mi autoridad en ésta prisión caerá sobre usted. Le advierto que estará bajo estrecha vigilancia, así que no creo pueda salirse con la suya y salir impune, en nada.**

-Está bien, no hace falta que diga más, ya entiendo la situación- le interrumpo, ya desesperado, dando un paso hacia adelante, lo que hace que los guardianes levanten sus escopetas. Ahora, por lo menos, ellos me están prestando atención, bastante más que yo a ellos. -**¿Pueden llevarme ya a mi celda?**

-Kage, su falta de respeto hacia un oficial al mando es sorprendente, así como su desconocimiento de las leyes y reglamentos de la Guardia Imperial- replica Skandlegrist. **-Es usted una mala hierba, Kage, y no tengo ni idea de por qué el coronel Schaeffer quiere que sea encerrado en éstas instalaciones, en lugar de haberle mandado ahorcar, que es lo que se merece. La verdad, no tengo la menor idea. Pero, a diferencia de usted, yo tengo mis órdenes, y las obedezco, pero recuerde bien mis palabras, le estaré vigilando, Kage, muy de cerca, muy, muy de cerca, créame.**

Con un malhumorado gesto de sus delgados dedos, les ordena a los guardianes que me acompañen. Estamos cerca de la parte superior de la torre, tal vez, sólo a un par de pisos debajo de la pista de aterrizaje del tejado. Toda la torre es un gran cilindro, con el único hueco de un ascensor que une todas las plantas en el centro del círculo. Nos quedamos allí, mientras el ascensor traquetea desde las profundidades de la torre, los guardianes siguen nerviosos y agitados.

Cuando llega el elevador, uno de los guardianes abre las puertas, los oxidados goznes lanzan un chirrido que hiere mis oídos. El golpe de la culata de una escopeta en mi espalda me impulsa hacia el interior de la abierta jaula de hierro, ellos me siguen, pero no demasiado cerca, sus armas bajan hasta apuntar a mi vientre. Uno de ellos tira de la palanca, a la decimoctava planta, observo, y empezamos a vibrar en nuestro descenso por el eje.

-Shrank era mi amigo, pedazo de mierda- me sisea uno de los guardianes en mi oído, por encima del ruido de los engranajes de la maquinaria. -**Uno de estos días, voy a hacer que pagues por haberlo dejado ciego.**

Me vuelvo y le miro con una sonrisa condescendiente.

-Si lo intentas, te arrancaré un brazo y te lo meteré dentro de esa enorme bocaza tuya- le digo y lo miro fijamente, lo que hace que se estremezca.

-¡Apuéstate algo!- me espeta, recobrándose rápidamente. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me lanza un golpe con la culata de la escopeta directamente a la barbilla, mi cabeza golpea contra las rejas de hierro de la cabina del ascensor. Se acerca y clava una de sus botas en mi vientre, lo que hace que me retuerza sobre mí mismo, mientras él me lanza otro golpe a la cara con la escopeta, impactando sobre mi mejilla derecha. Llueven sobre mí otros tres o cuatro golpes. Soporto los golpes sobre mis hombros, antes de lograr dar un paso hacia atrás, jadeando.

Me acuchillo durante un momento, luego me pongo en pie, sintiendo como mi ojo derecho comienza a hincharse y cerrarse. Enderezo mi cuello con un audible crujido, miro despacio a cada uno de ellos a través de mi ojo sano. Les observo cuidadosamente, memorizando los nombres de los parches en sus uniformes.

-Os voy a matar a todos, matones descerebrados, y lo voy a hacer lentamente- les advierto, pronunciando lenta y claramente cada una de las palabra.

Cuando entro en la celda, escucho el sonido metálico de la puerta cerrándose tras de mí. Hay una litera de áspero hierro en cada uno de los lados de la cámara; la de la izquierda ya está ocupada. El hombre resopla, se despierta y se sienta sobre la cama. Es enorme, como un oso. Cuando la manta de lana cruda resbala sobre su torso, revela una gran mata de pelo entre unos enormes hombros, en el pecho y la espalda. Me mira al tenue resplandor de la luz de globo luminoso que hay en el techo, detrás de una rejilla, con unos ojos muy oscuros, casi invisibles bajo sus tupidas cejas. Llevaba el pelo muy corto en la parte superior de la cabeza, lo mismo que el de su barba, un tatuaje con un par de dedos sobre su ojo derecho, y otro igual en la mejilla izquierda. Gruñe y se vuelve del todo.

-Bienvenido a Ghovul- dice, su voz es poco más que un seco susurro.

No le hago caso, y me siento en la otra cama, atendiendo las contusiones que crecen en mi pecho y costillas.

-¿No te gustan los guardianes, eh, macho?- comenta mi compañero de celda, mirándome a los ojos.

-No me gusta nadie- digo en voz baja. **-Lo prefiero así. Eso pone a todos en el mismo lugar. A mí y a todos los demás. ¡Joder, pero si no me gusto ni a mí mismo!**

Dientes de Thor, puedo ver que el hombre va a intentar animarme con ingeniosas burlas sobre hombres quejándose, pero en cambio sus gruesos labios se retuercen en una amarga mueca. **-Mi nombre es Marn.**

-Kage- le digo, y le ofrezco mi mano. A medida que se inclina hacia adelante, veo que realmente es increíblemente peludo, todo él. Toma mi mano en su enorme zarpa, dándome un firme apretón que le devuelvo. Nos mantenemos sentados allí, durante un par de segundos, midiéndonos el uno al otro.

-Se que no vas a darme ningún problema, ¿verdad, macho?- me pregunta soltándome. -**Soy de los que prefieren estar solos, así que espero que no quieras socializar mucho y de seguro que nos llevaremos bien.**

-No soy mucho de hablar ni de chismes- le aseguro. **-De hecho, sí éstas son las últimas palabras que cruzamos, no te molestaré más.**

-Bien- responde él, frotándose la cabeza con una mano, y volviéndose a tumbar. **-No hace falta llevarlo tan al extremo, macho, pero tenlo presente, sólo somos compañeros de celda, no amigos.**

-Tienes toda la razón- contesto, desatándome las botas y colocándolas ordenadamente debajo de mi cama. -**De hecho, todos mis amigos ya están muertos.**

Me quito los calcetines y la camisa, me deslizo debajo de la manta y cierro los ojos. Estoy tan cansado como un pobre soldado de infantería después de una marcha de una semana, pero no consigo dormirme. Mi mente da vueltas sobre los acontecimientos más recientes. Recuerdo que después de que el coronel me volviera a atrapar, me metieron en una celda de detención a bordo del *Orgullo de Lothus* el cual emprendió viaje, se que pasaron varias semanas, supongo que cruzando varios sistemas. No había visto al coronel hasta que llegamos, y me dejó aquí, pudriéndome en ésta celda.

Solo el Emperador sabe lo que el coronel me tiene reservado. Después de todo, las últimas palabras que le oí decir fueron, *"puedo matarle, ahora mismo, o puedo darle una última oportunidad más"*. Diablos, dije que sí, pero hay que tener en cuenta que en ese momento me estaba apuntando con una pistola. Eso es en lo único que pensé. Tengo una última oportunidad más. Calculo que será una nueva reorganización del comando suicida del coronel, la 13ª Legión Penal. Otra misión suicida, u otras dos, otra oportunidad para que me rompan el culo en algún agujero infernal, luchando contra algunos estúpidos xenos, o herejes, que deberían saber que no deben tentar a la suerte luchando contra los ejércitos del Emperador. Tal vez vayamos a volar otra ciudad, ¿quién lo puede saber?

Todo lo que sé, es que si el coronel hubiese querido que acabara pudriéndome en una celda, me habría dejado muriéndome en una prisión del planeta en el que me cogió. Y si él me quisiese muerto, entonces, simplemente, sólo tenía que apretar el gatillo y me hubiera volado la cabeza en pedazos. Tiene algo especial en mente para mí, de eso estoy seguro. Pero en realidad, no planeo perder mi tiempo cavilando, ni mucho ni poco, sobre ello.

Con eso en mente, y el monótono sonido de los ronquidos de Marn, comienzo a quedarme dormido.



El ruido de los cuencos y los platos llena el comedor mientras los presidiarios se sientan con su comida. Me acomodo en uno de los bancos, el más cercano de los dos que hay junto a cada larga mesa de madera, veinte de nosotros a cada lado, tengo frente a mí un cuenco de sopa, un trozo de pan negro y un plato con lo que una vez pudo ser carne, pero ahora parece el cuero de una bota. Nos sentamos allí, pacientemente, esperando. Alrededor de medio minuto antes, el predicador Cleator había comenzado su sermón. Es breve, como suele serlo, que el Emperador bendiga a éste viejo chocho, mientras masculla algo sobre las gracias de la fe y los castigos del pecado. Justo como ha hecho durante los anteriores dieciséis días que llevo aquí. El predicador termina.

-Alabado sea el Emperador- entonamos todos solemnemente, antes de agarrar prestos nuestros cucharas o cuchillos para abalanzarnos, con ávido apetito, sobre la comida. La de hoy, sabe como si fuese mierda, pero, si usted consiguiera solamente unas gachas frías para el desayuno y esa porquería de cloaca doce horas más tarde, también se comería todo lo que le pusieran frente. Es muy variada, a decir verdad. En ocasiones, el trozo de carne no identificado está quemado, casi como el carbón, otras veces está tan sangrante y crudo que juraría que lo que jodidamente fuera, dos minutos antes, todavía respiraba. Nunca la cocinan en algún punto intermedio, y sin embargo, siempre está mal preparada. Y el aguado y ligero vómito que pasa por sopa, posiblemente haya salido del mismo animal, eso es todo lo que puedo decir. Eso no impide que absorba hasta la última gota con el trozo, del tamaño de un puño con sabor a tierra, de lo que llaman pan. Es mejor que pasar hambre, como he aprendido durante dos años, a base de papillas de proteínas, mientras estaba en la Última Oportunidad.

Marn está sentado frente a mí, devorando su comida. Sangre de Thor, come rápidamente, con avidez. Sin embargo, no desperdicia ni el más minúsculo pedazo, todo cae en sus fauces con una implacable eficiencia. Es como ver trabajar una máquina bien engrasada, las dos manos funcionando al unísono, las mandíbulas masticando constantemente, apenas deteniéndose una fracción de segundo para abrir los labios y empujar otra cucharada entre sus temblorosos labios. Treinta segundos más y termina, mientras que yo apenas estoy a la mitad de la sopa, que al menos hoy, está caliente. Sólo el Emperador sabe cómo se las puede arreglar un tipo tan grande con unas raciones tan escasas, porque él, al menos, tiene que pesar un tercio más que yo.

Todos comemos en silencio, en realidad nadie tiene nada que decir. Es algo raro, comparar ésta prisión con la vida en el *Orgullo de Lothus*. Allí éramos doscientos de nosotros en cada una de las celdas, y, prácticamente, nos odiábamos todos. Pero éramos una unidad de combate, divididos en escuadras y pelotones, y se forjaba una cierta unidad en eso. Todos teníamos nuestros pequeños grupos, dentro del cual nos manteníamos, hablando entre nosotros, en lugar de volvernos locos y cortarnos nuestras propias gargantas, o volarnos la cabeza la siguiente vez que entráramos en combate. Bueno, recuerdo que cuando llegamos por primera a Ichar IV, la primera zona de guerra en la que fuimos desplegados, ochenta, o noventa soldados se suicidaron durante la primera semana. No sé si fue a causa de la guerra contra los Tiránidos, o al darse cuenta que estaban atrapados en una larga guerra hasta que murieran, sin descanso ni perdón. Bueno, por lo menos sin perdón.

Aquí, cada uno va a lo suyo. Uno está solo, con una vaga conexión con su compañero de celda, eso es todo. Me estoy volviendo loco, no hay duda de ello. Me despierto con las primeras luces, bueno, cuando el resplandor de las luces de la pista de aterrizaje entra dentro de la celda. Nunca he tenido un sueño profundo, me despierto con el tosido de un mosquito. Permanezco tumbado en la celda, quizás durante tres horas, antes de que nos llamen para el

desayuno. Entonces nos levantan, nos conducen a una sala, donde nos lavan con mangueras, y sólo después nos llevan aquí abajo, al comedor que hay en la parte inferior de la torre. Se tarda una eternidad en llegar, solo un puñado de presos y el doble de guardianes cada vez. Es un sistema totalmente ineficiente para mover grandes cantidades de prisioneros. Creo que voy a enviar una queja al gobernador. Sea como sea, tardamos casi una hora para que los doscientos lleguemos hasta el pasillo, donde de nuevo tenemos que hacer cola para comer nuestras gachas. Nos sentamos en el comedor, mientras los guardianes nos reparten los cuchillos y las cucharas, y el predicador se tambalea de un lado a otro, lanzando nubes de incienso con un incensario viejo y oxidado que cuelga de su cinturón, manchando de un marrón anaranjado la zona de su pierna izquierda de su túnica blanca. Entonces, tenemos cinco minutos para comer, luego volvemos a esperar mientras se cuentan los cuchillos y se recogen las cucharas y platos. Entonces nos llevan en grupos de veinte a una sala de ejercicios en uno de los niveles medios, durante dos horas. Después de eso, vuelvo junto a la silenciosa compañía de Marn durante nueve horas, hasta que todo el proceso se vuelve a repetir para la cena. Tras eso, volvemos a las celdas y nos encierran.

Santo culo de Deacis, me estoy volviendo loco. Siempre quejándome de las misiones suicidas y de haber perdido parte de mi cara, y ahora, me encantaría estar junto al coronel, haciendo con él la locura que esté haciendo, en lugar de estar aquí, envejeciendo lentamente, con el cerebro saliéndome por las orejas. Mi resolución se endurece. Otro mes aquí y voy a estar esparciendo mis sesos por las paredes de la celda, de pie sobre el cadáver destrozado de Marn, gritando y maldiciendo el nombre de Schaeffer hasta los abismos del Caos. Tengo que salir de ésta maldita torre.

Día dieciocho, mi desesperación sigue en aumento. Ayer por la noche, los ronquidos de Marn me estaban volviendo loco. No puedo dormir, incluso llevando la dos horas de ejercicio que nos permiten al máximo, no me canso lo suficiente para poder conciliar el sueño. Me

siento aletargado y cansado, ésta inactividad me está matando lentamente. Si el coronel regresa a por mí, algo que comienzo a dudar cada vez más, y más, cada día que paso aquí, voy a ser una pieza floja, un inútil de mierda, en lugar del soldado preparado y en forma que era cuando me trajo aquí. No creo que desperdicie a un luchador tan bueno, malgastándolo de ésta forma. De todas formas, los ronquidos de Marn son como una bocina infernal, su ruidosa respiración resuena por todas las paredes, atravesando mis oídos para llegar directamente a mi cerebro. Una noche me levanté, mis dedos estaban a solo unos centímetros de su garganta, Infiernos, él no se hubiera dado ni cuenta, mis pulgares habrían aplastado su tráquea antes incluso de que se despertara. Posiblemente, incluso le estuviera haciendo un favor. Debí estar de pie sobre él algo más de una hora, resistiendo ese impulso asesino.

Extraigo de mí toda la ira que puedo sobre el saco de entrenamiento lleno de arena, golpeando con mis puños desnudos el cuero mal curtido, imaginándome alternativamente la peluda cara de Marn y los marcados rasgos del coronel. Ahí sólo estamos ellos y yo, y yo golpeo y golpeo, lanzando directos y puñetazos cruzados, ganchos para romper los huesos, golpes al cuerpo para reventar órganos internos, patadas en el abdomen que aplastarían intestinos y romperían, en docenas de pedazos, las costillas de cualquier hombre. Me imagino todo esto en mi mente, y me es muy fácil, porque ya lo he hecho sobre hombres reales y he visto los efectos. Imagino la sangre inundando las narices de Marn cuando llevo mi codo hasta lo que sería el puente de su nariz. Me imagino al coronel perdiendo el aliento cuando los nudillos de mi mano izquierda se clavan en su abdomen. Una y otra vez, castigándolos con puños y pies, hasta que incluso mis callosos nudillos se despellejan y sangran, con gruesa piel arrancada por el saco de arena tan torpemente trabajado. Ríos de sudor manan de mi cuerpo, los noto corriendo por mi espalda, salpicándolo todo a mí alrededor mientras lanzo un rotundo golpe con mi derecha sobre la tupida ceja de Marn. El corazón martillea en mi pecho, la sangre corre a toda

velocidad por mi cuerpo, alimentando la destrucción de esos dos hombres que odio.

De repente me doy cuenta, hay alguien detrás de mí. Me giro sobre mi talón derecho, con los puños en alto. Es otro prisionero, lo he visto aquí todos los días, pero obviamente no sé su nombre. Marn es la única persona de aquí de la cual conozco su nombre. Es algo más alto que yo, con músculos hinchados sobresaliendo de su andrajoso chaleco como cantos rodados. Su cuerpo parece haber sido tallado en piedra, en lugar de haberse desarrollado normalmente. Su calva luce tatuada con llamas azules, como lo están sus enormes músculos del pecho y bíceps.

-Tú ya llevas aquí mucho tiempo. Es mi turno, soldado- dice, señalando con la cabeza el ensangrentado saco de arena. **-Creo que ya te habrás dado cuenta de que no le gustas.**

-No he terminado todavía- le digo, dándole la espalda y volviendo a tomar posición.

-No te lo estaba pidiendo- ladra, empujándome a un lado, casi tirándome al suelo.

-Piérdete de una puta vez, o te mato- le advierto, poniéndome en guardia.

-Vete a jugar con los otros, niño bonito- lo dice y se ríe.

Deja de reír cuando los dedos extendidos de mi mano derecha se clavan de golpe en su garganta. Se retira hacia atrás y yo lo sigo inmediatamente, colocando un gancho de izquierda en su mandíbula, su cara enrojece por la asfixia, luego le lanzo un golpe por debajo de la barbilla, con el canto de mi mano derecha. Oigo gritos y chillidos a mí alrededor, pero no los escucho, centrándome únicamente en el bastardo que tengo delante de mí. Él se agita frenéticamente, me obliga a agacharme, cuando me levanto, mi puño derecho llega directamente hasta su nariz, desgarrando sus

fosas nasales, haciendo crujir el cartílago. Tropieza contra la pared desnuda y siento, más que veo, como los otros presos y los guardianes se reúnen a nuestro alrededor. Su ruido es bloqueado por el rugido de la sangre en mis oídos.

Una patada giratoria en el estómago le lanza de nuevo contra la pared donde rebota hacia mí, pongo todo el peso de mi cuerpo en el siguiente golpe, alcanzándolo entre sus ojos, golpeando su cabeza contra la implacable piedra, donde deja una mancha de sangre mientras comienza a desplomarse hacia un lado.

-Ya es suficiente- escucho gritar a alguien, y la mano enguantada de un guardián se cierra alrededor de mi muñeca derecha. Con un simple giro de mis manos, le rompo el brazo por el codo y sin ni siquiera darme la vuelta, llevo el talón de mi bota izquierda de nuevo hacia la cara del preso, aplastando su mandíbula y mejilla, golpeando de nuevo su cabeza contra la pared. El preso cae al suelo y yo estampo una patada en su cuello, por si acaso, siento el crujido de su columna vertebral al partirse como una ramita. Entonces, algo duro me golpea detrás del cuello, aturdiéndome y lanzándome de rodillas. Veo una porra bailar delante de mi cara y siento un fuerte dolor en mi frente antes de caer inconsciente.



Me cuadro nuevamente en la oficina del gobernador, con un golpe en la cabeza de tamaño de Terra, todavía con la sensación de estar aturdido. Ésta vez hay seis guardianes conmigo, el gobernador es uno de esos tipos a los que no les gusta correr riesgos.

-Estoy seguro de que no tengo que decirle que éste tipo de comportamiento suyo es totalmente inapropiado, totalmente inadecuado para una instalación militar, ya se trate de una guarnición o una prisión- dice el gobernador y me mira.

-**Entiendo perfectamente las presiones a las que están sometidos nuestros prisioneros, y que de vez en cuando, los ánimos estallan. De hecho, dada nuestra especial población, comprendo que incidentes de esa clase sucedan de vez en cuando. Estamos altamente preparados, aquí hay encerrados soldados muy agresivos, y las mechas pueden ser muy cortas, en ocasiones sin otra salida que la ira profesional. En la mayoría de los casos, suelo ser indulgente y comprensivo.**

-Eso es muy comprensivo por su parte, señor- le digo, resistiendo el impulso de frotarme la contusión de la frente.

-**Sin embargo**- continua Skandlegrist con el ceño fruncido, evidentemente molesto **-no puedo tolerar la muerte de otro de los presos por sus manos. Las riñas y las peleas las considero un mal necesario, pero son un mal necesario dentro de un normal funcionamiento. No así el asesinato a sangre fría o de cualquier otra forma, no es una opción, y daremos ejemplo con usted.**

-Es ridículo- resoplo, ganándome otra mirada, cargada de reproche, del gobernador. **-He sido entrenado para matar. Es lo**

que hago. ¿Qué esperaba? Es sólo otra faceta de la guerra, ¿verdad?

-Está preparado para luchar y matar, sí, pero siguiendo órdenes, Kage- salta el director de la prisión, en pie, con una dura expresión en el rostro. **-Usted fue entrenado para ser un asesino disciplinado, para exterminar a los enemigos del Emperador según le fuese ordenado por sus oficiales superiores. No fue entrenado para matar a cada hombre o mujer que no esté de acuerdo con usted. Está usted muy lejos del frente, Kage, y ni siquiera se da cuenta. Si yo no puedo convencerlo, tal vez el látigo sí que pueda. Con la autoridad del Comisariado Imperial de éste planeta, le sentencio a dos docenas de latigazos, que se ejecutarán mañana, antes del desayuno, delante de los otros internos. Puedo, y estaría siguiendo formalmente las normas, al ejecutarle por éste acto atroz y deliberado, pero teniendo en cuenta las específicas órdenes que he recibido del coronel Schaeffer, esa no es una opción que ahora mismo tenga en mis manos. ¡Llévenselo!**

El gobernador se gira sobre sus talones, sujetándose las manos detrás de él, ignorándome, mientras los guardianes me agarran por los brazos y me arrastran fuera de la habitación.

-Costaz estará contento- dice uno de los guardianes a los demás. Recuerdo ese nombre, era él que me atacó en el ascensor.



El solemne ritmo de un tambor resuena en la sala de ejercicios, bordeando las paredes están alineados presos y guardianes. En uno de los extremos, una bancada de madera con dos cadenas de los que cuelgan unos grandes grilletes está apoyada contra la pared, el gobernador está de pie junto a ella. Dos guardianes frente a mí, otros cuatro detrás, la escolta para mi castigo. En una lenta marcha, recorro el pasillo al sonido del tambor. Miro el mar de rostros, sin reconocer a ninguno de ello, son solo un borrón indiferente de color carne, todos con el mismo, grisáceo y monótono, uniforme de la prisión.

-¡Prisionero y escolta! ¡Alto!- ordena el gobernador, con una voz sorprendentemente alta y fuerte. Todos nos detenemos, nuestras botas golpean al unísono las tablas desnudas del suelo.

-¡Prisionero, avance!- el gobernador me ordena que me adelante y camino enérgicamente, con la barbilla bien alta, mirando las cadenas que cuelgan de la madera. Me extendí como un águila contra las tablas, dos guardianes avanzaron y cerraron las esposas alrededor de mis muñecas, antes de tirar de las cadenas hacia arriba, estirándome, fijándolas con unos pernos atornillado en el borde superior del tablero. Uno de ellos me ofrece un trozo de cuero, yo abro la boca y me lo coloca entre los dientes. No es la primera vez que soy azotado. Conozco la rutina. Muerdo con fuerza, preguntándome vagamente en cuantas bocas habrá estado ya éste mismo pedazo de cuero.

Escucho el sonido de las botas de los guardianes mientras se alejan, y centro mi atención en la veta de la madera que tengo frente a mí. La madera es bastante pálida, pero un color rojo oscuro tiñe las ranuras entre los tablones y las zonas más profundas. No tengo la menor duda de que es sangre, la de aquellos que han

recibido antes un castigo como éste. Hay algunas marcas encima de mi hombro derecho, aunque no soy capaz de pensar que habrá podido causarlas.

Es entonces cuando me doy cuenta de que el gobernador está hablando de nuevo.

-… de conformidad con la normativa de la Guardia Imperial- le escucho acabar.

Escucho un silbido detrás de mí y el corto chasquido, un momento antes de sentir unas abrasadoras lágrimas de dolor en mis omóplatos cuando el final del látigo abre un surco en mi piel. Muerdo más fuerte el cuero, mis ojos se abren aún más, agónicamente, mientras siento como se desgarra mi espalda. Todavía no habrá corrido sangre, será dentro de cinco o seis golpes más, cuando los moratones sean cortados y desgarrados. Otro silbido y chasquido, seguido de más dolor, ésta vez un poco más abajo, en la parte inferior de mi espalda. Hay más carne ahí abajo, y el dolor parece extenderse por todas las partes de mi cuerpo. Lo ignoro, aún es fácil. Fue más doloroso cuando un guerrero tiránido me clavó, en el muslo, su espada de hueso, ocurrió en Liberación. E infernalmente mucho más doloroso cuando una mina de esporas explotó en mi cara, haciéndome llevar éstas horribles cicatrices durante el resto de mi vida y haciendo que uno de los lados de mi rostro sea casi totalmente insensible. Otro silbido y su chasquido, el dolor explota de nuevo a través de mis hombros. No sé si es el guardián que me atacó el que maneja el látigo, pero, sea quien sea, sabe hacer su trabajo. Cuatro veces más, el látigo rasga a través de mi columna vertebral antes de que pueda sentir un hilo de sangre brotar desde mi lacerada carne.

Cierro mis ojos llenos de lágrimas mientras sigue el prolongado castigo, de forma metódica, desgarrando implacablemente tiras de carne, piel y sangre de mi espalda. Pierdo la cuenta, y de nuevo abro los ojos, mirando profundamente la madera, intentando pensar que estoy en otro lugar mientras un abrasador dolor se extiende por

todo mi cuerpo. En una breve pausa entre los golpe, miro hacia arriba y veo la sangre que fluye desde mis puños cerrados, a lo largo de la cadena, estoy apretando las manos con tanta fuerza que mis uñas se han clavado en la carne. Me relajo, solo para volver a tensarme cuando llega el siguiente latigazo.

Y así sigue, hasta que se cumple la sentencia. Mis ojos lloran, mi garganta se contrae y mi corazón martillea con fuerza en mi pecho, pero no grito ni una sola vez. Tomo todo el dolor y lo guardo en mi interior, en lo más profundo. Almacenado, lo puedo utilizar como combustible para mí mismo. Mi vida está construida sobre el dolor, un dolor que voy a devolver a mis enemigos. El dolor y la agonía la estoy guardando para el coronel. Mientras los guardianes aflojan mis grilletes, lanzo un gruñido, el único sonido que ha salido de mis labios. Es un gruñido de satisfacción, porque sé que algún día saldrá todo ese dolor. Un día, cuando tenga la garganta del coronel entre mis manos. Ahora, esto, es sólo otro episodio más de dolor y odio que él ha creado para mí, y yo le reembolsare cada segundo. Todos y cada uno de los segundos.

Así, pasan cuatro agónicos días más, soy incapaz de pensar con claridad. Cuando por fin lo hago, estoy en la enfermería de la torre, con la espalda envuelta en vendas empapadas de agua salada. Duelen jodidamente, pero la sal ayudara a que mi espalda sane y los cortes cicatricen. El médico de la cárcel, algún preso llamado Stroniberg, tuvo que ponerme algunos puntos de sutura en los peores cortes, pero para entonces, yo tenía la espalda tan insensible que no sentía nada. Al día siguiente ya estoy fuera de la enfermería, comenzando a trazar mi plan de huida.

Sólo hay una manera de salir de la torre, y es por el techo. Si puedo llegar hasta allí, tal vez con una cuerda, o algo así, entonces seré capaz de descender por la pared exterior y ponerme a salvo. Hay un problema. La única vía para llegar hasta el techo es el ascensor. Tengo que idear alguna manera para obtener el control del ascensor durante el tiempo que necesite para llegar al techo. Todavía no

estoy seguro de cómo hacerlo, pero necesitaré algún tipo de arma. Tengo que encontrar la forma de hacerme con un arma, algo fácil de ocultar, pero mortal.

La respuesta llega al día siguiente, durante la cena. Como siempre hacen, los guardianes retiran los cuchillos en primer lugar, contándolos cuidadosamente. Nunca conseguiría hacerme con uno de ellos. Sin embargo, las cucharas se recogen con el resto de los platos, sin prestarlas demasiada atención. Al siguiente día, durante el desayuno, hago mi primer movimiento.

Todo el mundo está terminando sus gachas, incluyendo mi voraz compañero de celda, que devora sin siquiera respirar. A mi lado hay un hombre delgado, con el pelo rojizo y el rostro chupado. Para ser honesto, nunca me había fijado antes en él, siempre me había sentado clavando mi mirada en la máquina de comer que tenía en el banco opuesto, frente a mí. Hoy, sin embargo, se convierte en objeto de mi atención.

Me levanto de golpe, rugiendo, rompo los platos y me lanzo contra él.

-¿Qué has dicho de mi madre?- le grito, lanzándome a por él y agarrándolo por el cuello de su chaleco. Él gruñe, sin decirme nada, y me suelta un puñetazo, yo agacho la cabeza, y su puño acaba chocando contra la parte más dura de mi cabeza. Lo levanto y lo tiro sobre la mesa, esparciendo sobre los que están cerca aún más tazones, cucharas y gachas frías. El prisionero que tiene frente a él se levanta, y me lanza un golpe a través de la mesa, yo arrastro hacia arriba al tipo delgado, y el golpe impacta de lleno sobre su cara. Lo dejo caer, y me vuelvo hacia el hombre de mi izquierda, tras ver por el rabillo del ojo como Marn comienza a sujetar al tipo que intentó atacarme.

Muy pronto hay siete u ocho prisioneros más peleándose a mí alrededor. Uno de ellos me golpea en la barbilla, caigo por el golpe, me lanzo por encima del banco y ruedo por debajo de la mesa.

Rápidamente cojo una de las cucharas tiradas por el suelo y la empujo dentro de mi bota, tirando de la pernera del pantalón del uniforme de la prisión para ocultar el mango. Me refugio allí durante aproximadamente medio minuto más, luego salgo, cuando aparecen los guardianes para acabar con la pelea. Uno de ellos me agarra y me empuja hacia un lado. **-Limpia todo éste desastre, alborotador-** gruñe, señalando hacia los platos rotos y los dispersos cubiertos.

-Por supuesto señor, siento todo esto- digo entre diente, cayendo de rodillas, comenzando a recoger las piezas de cerámica agrietada y las cucharas tiradas. Me quedo allí, recogiendo todo ese revoltijo hasta que otro guardián se presenta con una bandeja metálica y me dice que coloque todo allí.

-Ésta noche te quedas sin cena, Kage- me dice el guardián de la bandeja. **-Si no puedes comer sin actuar como un animal, entonces no comerás.**

-Lo siento, señor- me disculpo de nuevo. **-Procuraré contener mis impulsos violentos en el futuro**- aunque por dentro estoy sonriendo como un tonto. Mi plan está comenzando a funcionar.



Necesito tres noches de trabajo furtivo para convertir el cuenco de la cuchara en un cortante filo. El sonido del raspado es ocultado por los ronquidos de Marn, paso las horas nocturnas frotando la cuchara arriba y abajo a través de los ladrillos de la pared, debajo de la cama, por lo que una inspección superficial no encontrará las señales del desgate en la pared. Otros cuatro días de afilado, con mis manos sufriendo calambres, me permiten afilar el extremo del mango como un punzón. Perfecto para perforar garganta, pulmones o tráquea. Con mi arma preparada, aunque un poco basta, dirijo mi atención a lo que tengo que hacer a continuación.

El ascensor solo se detiene en un piso cuando llega el momento de las comidas, las abluciones o los periodos de ejercicio, y entonces, siempre hay un montón de guardianes y otros prisioneros. Ciertamente, demasiada gente para un intento de fuga eficiente. Tengo que pensar en alguna manera de conseguir que los guardianes me hicieran una visita espacial, preferiblemente sólo uno o dos de ellos, y, al mismo tiempo, conseguir que abrieran la puerta de la celda.

Sufro dos noches más sin dormir, escuchando el incesante zumbido de los ronquidos de Marn antes de que la respuesta llegue hasta mí. Una sonrisa irónica aparece en mi cara cuando pienso en ello. Me levanto bajo el tenue resplandor que entra a través de la rendija de visión de la puerta y cojo la almohada de mi cama. Me detengo sobre Marn, calculando mis opciones y decido que ésta es la mejor. Me inclino hacia abajo y coloco la almohada sobre su cara, empujando ligeramente más y más, para no asustarle. Se despierta por un breve instante, me mira con unos ojos muy abiertos, acusadores, pero la falta de oxigeno le empuja de nuevo a la inconsciencia pocos segundos después. Tiro la almohada y compruebo que todavía respira, pero sólo lo hace superficialmente.

Todavía no lo quiero muerto. Cojo mi improvisado cuchillo de debajo de mi colchón, donde lo ocultaba, y giro a Marn hasta ponerlo sobre un costado. Cuento las costillas e introduzco la punta de la cuchara entre la quinta y la sexta, perforando su pulmón. Dejo que vuelva a rodar, hasta quedarse boca arriba, y luego me siento en la cama y espero.

Tras unos cuantos minutos, su respiración se vuelve más y más trabajosa, luego comienzan a aparecer gotas de sangre en sus labios. Pronto comienzan a aparecer sanguinolentas burbujas en su boca y decido que ya es hora de actuar.

Corro hacia la puerta y grito a través de la rendija al guardián, situado unas cuantas puertas más allá.

-¡Ven, rápido!- le grito. **-Algo malo le pasa a Marn. Creo que puede tener viruela o algo parecido, tal vez lungrot (enfermedad pulmonar originaria de Última Esperanza, nt).**

El guardián se acerca hasta la puerta de mi celda, con una sospecha dibujada en su cara.

-Mira por ti mismo- le digo, apartándome de la puerta. Enciende una linterna e ilumina a Marn a través de la rejilla, el pequeño círculo de luz se detiene en su boca, resaltando el hilillo de sangre que brota entre sus labios. El guardián jura mientras lo escucho correr a través del corredor. Pasan un par de minutos antes de que el ruido metálico del ascensor resuene por el centro de la planta, seguido del oxidado crujido de la apertura de las puertas. Pasan otros tres o cuatro tensos minutos antes de que vuelva desde el ascensor.

-Colócate en el rincón más alejado, Kage- escucho que me dice el guardián. Hago lo que me dice, con las manos detrás de la espalda, ocultando la afilada cuchara.

Hay un ruido de llaves y la puerta se abre. Hay tres guardianes en la entrada, y entre ellos, un auxiliar médico. Está vestido como

sanitario, uno de los internos aduladores que tienen responsabilidades adicionales por buen comportamiento y por adular al gobernador, o a los guardianes. Entran y se inclinan sobre Marn, controlando su respiración. Espero, listo para actuar, mientras los guardianes contemplan a mi moribundo compañero de celda.

Tres pasos y cruzo la celda, cortando la yugular del guardián más cercano, un chorro de sangre salta en la penumbra. Pego una fuerte patada en el pecho del siguiente guardián, lanzándolo contra la pared y envuelvo con mi brazo la garganta del sorprendido sanitario, con la punta de la cuchara delante de su ojo derecho. El tercer guardián se queda congelado donde está, su mano baja a la pistola que lleva al cinto.

-Un solo movimiento en falso y lo mato- gruño, mientras el guardián caído comienza a ponerse en pie, con una mueca horrorizada debajo de su espesa mata de pelo negro.

-¿Qué demonios estás haciendo, Kage?- pregunta en voz baja, con sus ojos mirando el cadáver de su compañero.

-Volved al corredor, matones- les digo, apretando más fuerte al sanitario, que chilla como un loco.

-No puedes ir a ninguna parte- me dice el guardián de cabello oscuro, tratando de rodearme por la derecha, pero yo me giro sobre mis talones, arrastrando al sanitario conmigo, para no perderlo de vista.

-¡Te dije que te estuvieras quieto!- grito, clavando profundamente la cuchara dentro del ojo del sanitario que grita brevemente antes de derrumbarse. Arrojo el cuerpo sobre el guardián que intenta rodearme y me lanzo a por el otro, que saca su arma un momento antes de que mis manos rodeen su muñeca y la rompa hacia arriba, agrietando los huesos de su brazo. Le arrebato el arma mientras él cae hacia atrás, sujetándose su brazo roto. Mis ojos se dirigen al guardián restante.

-Ni lo intentes- le advierto, con el cañón de la pistola apuntándole directamente entre los ojos.

-Tira tus armas- le digo, él obedece, desabrocha su cinturón y lo deja caer estrepitosamente al suelo. **-Ahora muévete, a la salida-** le señalo el camino, lanzo una mirada al guardián con el brazo roto pero sigue tirado en el suelo, gimiendo. Cuelgo el cinturón con la pistolera sobre mi hombro y sigo al guardián por el pasillo.

Llegamos hasta el ascensor y lo empujo dentro, antes de impulsar las puertas para que se cierren detrás de nosotros. Me cambio la pistola a la mano izquierda para mantener cubierto al guardián, muevo la palanca todo a la derecha, el ascensor comienza a moverse ruidosamente.

Piso por piso, de forma agonizantemente lenta, avanzamos por el centro de la torre, el progreso del ascensor se marca en una esfera luminosa situada por encima de la puerta, Estamos en el piso veinte cuando comienza a rugir una sirena, advirtiendo sobre una fuga.

-Vienen por ti- dice con satisfacción el guardián. **-Tienen órdenes de matarte si te resistes. Ríndete ahora o morirás.**

-Pero tú no lo veras- le digo, aprieto el gatillo de la pistola y la mitad de su cara salta por los aires. Mientras el sonido del disparo sigue resonando a mí alrededor, el ascensor cruje, se detiene y luego comienza de nuevo a descender. Tiro desesperadamente de la palanca, pero deber haber algún tipo de control maestro externo. Echo un vistazo alrededor de la cabina y veo el panel de acceso para mantenimiento en el techo.

Meto la pistola en mi cinto, me elevo de un salto y golpeo el panel hasta conseguir abrirlo. Salto otra vez, me agarro al borde y tiro de mí mismo hasta subir al techo del ascensor. Por encima de mí, débilmente iluminado por unos pocos globos luminosos, se extiende el eje de la torre hasta perderse de vista. Veo como paso antes las

puertas de otros niveles, camino hasta el borde, miro hacia abajo y veo luz entrando al pozo a través de varias entradas, no muy por debajo de mí, donde los guardianes han forzado las puertas para abrirlas. No puedo quedarme donde estoy, soy un blanco demasiado fácil.

Advierto que hay escalerilla de servicio que recorre todo lo largo del pozo del ascensor, hasta la pared solo hay un pequeño salto. No tengo el menor problema en agarrarme a un peldaño mientras el elevador desciende poco a poco, luego me coloco en ella. Agarro la pistola, apunto la forma que se aleja del bloque de frenos del ascensor y hago dos disparos. Escucho un silbido de fluido hidráulico pulverizando la penumbra, el ascensor comienza a coger velocidad, acelerando hacia abajo. Llevo ya varios segundos trepando cuando un ruido ensordecedor llega desde abajo cuando el ascensor llega al fondo del pozo.

Escalo lo más rápido que puedo, más luz entra en el pozo a través de puertas abiertas por encima y por debajo de mí. Algo rebota en la pared a mi lado, acompañado por el fuerte sonido del disparo de una pistola. Pronto hay más volando, algunas de ellas trazadoras. Unas cuantas pasan cerca de mí, muy lejos la mayoría. Los guardianes realmente no pueden verme, están disparando a ciegas. Subo unas cuantas plantas más, mientras los disparos y los gritos resuenan a mí alrededor, hago una pausa para recuperar el aliento. En ese momento la puerta del lado apuesto de donde estoy se abre, me veo cara a cara con dos auxiliares y un par de guardianes.

Reacciono primero, elevo la pista y vacío el cargador contra ellos, derribándolos entre una lluvia de balas. Los disparos contra mí se intensifican y me balanceo hasta un pequeño nicho de mantenimiento que hay justo a mi izquierda. Agachado allí, me libro de la pistola vacía y saco la otra del cinto, que después lanzo por el pozo.

Me coloco en el borde del nicho y disparo unas cuantas veces hacia arriba, apuntando a los rectángulos luminosos que indican las

puertas abiertas que hay por encima de mí. Escucho un grito y un guardián es alcanzado, cae por el pozo hasta que lo pierdo de vista. Tras comprender lo rápido que me atraparán si me quedo aquí, salto de nuevo a la escalerilla y sigo subiendo.

Mis brazos y mis hombros arden mientras me arrastro hacia arriba, peldaño a peldaño, las heridas de la espalda se me han vuelto a abrir de nuevo, haciendo que mi sangre gotee desde mi uniforme, empapando mi chaleco. De vez en cuando hago una pausa para disparar a las siluetas de guardianes que veo asomándose a las luces que señalan puertas abiertas, manteniéndolos con la cabeza agachada, así puedo subir un buen trecho.

He subido unas dos docenas de plantas cuando la cadena del ascensor comienza de nuevo a funcionar otra vez, por lo que me figuro que el accidente no lo saco de servicio permanentemente. Redoblo mis esfuerzos, trepando peldaño a peldaño, tratando de ir a más velocidad que el ascensor que se acerca cada vez más, mientras siguen disparándome desde arriba.

Más disparos vuelan a mi alrededor, ésta vez desde abajo, al mirar hacia allí, veo como me están disparando a través de la trampilla de mantenimiento abierta del ascensor, unas diez plantas por debajo de mí. Yo les devuelvo el fuego, pero estoy atrapado en un horrible fuego cruzado. Balanceándome a la desesperada en la escalerilla, espero hasta que el ascensor esté solo a unos pocos pisos más abajo, y salto desde allí, disparando mientras caigo sobre el techo. Aterrizo entre un ruido de botas, ruedo de forma automática y entro a través de la escotilla de mantenimiento abierta, cayendo en medio de los guardianes de su interior.

Disparo la pistola a quemarropa en el vientre de un guardián, y con la culata de la pistola rompo la cara de otro. Golpeo a un tercero en la garganta, asfixiándolo. Otro guardián ya estaba en el suelo, con unos cuantos impactos de bala en pecho. Permanezco allí, jadeante, mientras el ascensor sigue su camino hacia arriba, llevándome hasta lo alto de la torre.

Justo antes de llegar al último nivel, empujo la palanca a la posición de parada, los frenos chirrían en señal de protesta antes de que el ascensor se detenga. Subo de nuevo al techo y me lanzo contra la puerta de la última planta. Ahora, con dos pistolas arrebatadas a los guardianes que yacían muertos o inconscientes dentro del ascensor, me aprieto contra la puerta, tratando de detectar cualquier movimiento en el lado opuesto. Escucho atentamente, pero no oigo nada.

Estrello mi hombro contra las puertas y consigo abrirla, un guardián en el lado opuesto grita asustado cuando la puerta se estrella contra él. Ruedo a través de la abertura, con los brazos cruzados, disparando a un lado y otro, antes de ponerme en pie y girarme a mí alrededor, las pistolas arden en mis manos. Dejo otros tres cadáveres en el suelo tras de mí, mientras corro hacia la azotea. Hay una gran tormenta a mí alrededor, el parpadeo de los relámpagos y el sonido de los truenos lo inundan todo. El viento aúlla a través de la torre, haciendo arder mi carne expuesta, sacudiéndome entre una nube de polvo y arena. Detrás de mí escucho gritos, más guardianes saliendo del puesto de guardia. Sin prestarles la más mínima atención, me abalanzó hacia el borde de la torre. Bajaré sólo con mis manos, sí tengo que hacerlo.

Salto la barandilla que rodea el borde y me detengo. Contemplo Ghovul a la luz de la tormenta. Muy por debajo de mí, la torre se extiende hacia abajo, irguiéndose sobre una meseta rocosa. Más allá de eso no hay nada más, sólo una monótona, desnuda e inmensa llanura. Todo es grisáceo y rocoso, sin ningún abrigo natural, no hay ningún lugar donde esconderse, nada que beber, nada que comer, solamente grava y estéril roca. Así hasta donde mis ojos pueden distinguir. La luz de los relámpagos me muestra que la llanura se extiende hasta lo lejos. No hay colinas, ni montañas, no hay nada, únicamente una gran extensión de la misma desolación.

No hay ningún lugar a donde ir.

Oigo gritos detrás de mí y unos disparos pasan a mí lado. Levanto las manos por encima de mí cabeza, dejando caer las pistolas de mis entumecidos dedos.

Sin ningún lugar a donde ir, sin nada que hacer, salvo esperar aquí al coronel.

El coronel. Pienso en él y el dolor reaparece en mi interior, la ardiente ira acumulada en mis entrañas estalla en mi pecho. Aprieto los puños por encima de mí mientras los guardias se acercan, sin poder contenerme un segundo más grito a pleno pulmón sobre el aullido de la tormenta.

-¡Schaeffer! ¡Ven aquí, hijo de la gran puta!



Coronel Schaeffer



Legionario de Última oportunidad



FIN